## Al margen

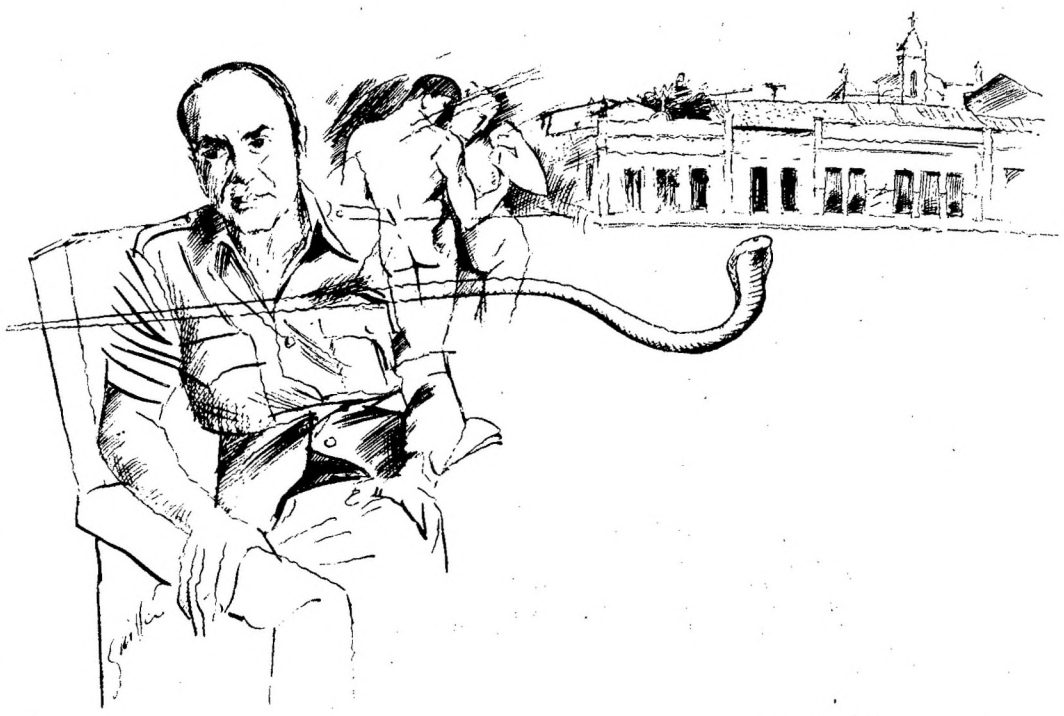
Bajito y regordete, atildado en el vestir, la timidez del mirar el contraste con un perenne sonreír burlón, pero siempre cumplido caballero y dechado de modesta y cortés disponibilidad. Me estoy viendo acompasar el paso a los suyos, cortos y claudicantes, por el nizardo paseo de los Ingleses mientras desgrana fulgurantes teorías acerca de las orejas de Paolina Borghese y madama Récamier, por hablar de esculturas célebres, en pleno chisporroteo de erudición, sensibilidad y pajolera gracia ante lo insólito y extravagante: lo que Edmund Wilson llamó «prazzesco».

Justamente del maestro Mario Praz estoy hablando, del mayor y más completo «connaisseur» y «essayist» —además del más autorizado de los anglistas no isleños— que nuestro tiempo haya producido. El último hombre universal, a lo renacentista, y que ahora nos deja a sus fecundos 85 años, con una estela de libros fundamentales para la entera comprensión de la historia, no sólo la literaria y artística, a partir de *La carne, la morte e il diavolo nella letteratura romantica.*

Descendiente único de banqueros valdostanos, de expresión francesa, educado en Suiza y en la Florencia de su abuelo el conde di Marsciaco, más la docena de años como becario y docente en Inglaterra, este espíritu sin fronteras y enemigo de especializaciones, magnificador de lo barroco y de ese barroco congelado que es lo neoclásico, de nazarenos, perrafaelitas, artistas menores más lo «naïf» y el «Kitsch»; como de la belleza medúsea nacida de lo hórrido, la emblemática, el binomio placer-pena, erotismo, satanismo, etcétera, tuvo mansión pintiparada en su *Casa della Vita:* el romano palacio Ricci, una manzana allá de nuestra iglesia de Monserrato, con su fachada angular cubierta de pinturas quinientistas y por él convertido en sorprendente museo. — **M.**

«Sangre de amor correspondido» es la narración de una consumación del amor: la pérdida de la virginidad femenina, sin aportar ningún valor nuevo literario

*«Sangre de amor correspondido»*
*Manuel Puig*
*Ed. Seix Barral*
*Barcelona 1982*



## Manuel Puig reincide en la vulgaridad:

# «Sangre de amor correspondido»

El escritor argentino Manuel Puig (nacido en 1932) es hoy una de las figuras más destacadas de la narrativa latinoamericana. Sus novelas *La traición de Rita Hayworth* (1968), *Boquitas pintadas* (1969), *The Buenos Aires Affair* (1973), *El beso de la mujer araña* (1976), *Pubis angelical* (1979) y *Maldición eterna a quien lea estas páginas* (1980) muestran una trayectoria en ningún modo ascendente. En estas mismas páginas nos ocupamos en su momento de su anterior novela en la que hacíamos notar el escaso interés de unas fórmulas narrativas que Puig había ya utilizado. Desde sus comienzos este escritor se ha sentido atraído por los esquemas narrativos del cine, de la novela popular y, en gran medida, por la utilización de los diálogos o fórmulas de expresión directa. Si *Maldición eterna...*, se sitúa en Nueva York, la novela que hoy comentamos «Sangre de amor correspondido», tiene como escenario una zona rural de Río, en Brasil. El escritor ha escogido últimamente Nueva York y Río como sus ciudades de residencia. Buena parte de los detalles de la vida popular brasileña proceden, por consiguiente, de la observación, de su capacidad de recrear ambientes.

*«Sangre de amor correspondido»* posee un argumento mínimo. La nueva novela escapa hoy de la debilidad argumental del inmediato pasado y torna (los ejemplos de Vargas Llosa, de García Márquez, de Marsé, de Guelbenzu son significativos) a una situación tradicional. Los nombres apuntados nunca debilitaron sus tramas en favor de alardes técnicos. Y el mismo Puig había prestado anteriormente mayor antención hacia esquemas narrativos en los que la materia narrada cobraba un cierto peso. Aquí, sin embargo, el autor nos describe una consumación del amor —la pérdida de la virginidad femenina— observada desde diversas posibilidades que vienen a enmascarar, mediante el filtro del tiempo, lo que verdaderamente sucedió. La experiencia no es artísticamente una novedad. La novela de Faulkner, por ejemplo o el filme japonés *Rashomon* —ya un clásico— habían operado con el mismo procedimiento.

Un adolescente de un pobre medio rural intenta reconstruir un episodio juvenil. Y el autor vuelve, con variantes, una y otra vez a repetirnos la escena. Puig juega con la utilización del lenguaje popular, con un cierto primitivismo expresivo que ya había empleado en otras de sus novelas y que pretende ampliar con datos de verosimilitud. «Hablaban de amor, nada más que palabras bien dulces. Besitos, él le hacía convites, para salir al baile, porque hasta esa época no habían tenido ocasión de ir al hotel, porque ella todavía era muy joven, virgen ¿se entiende?...» (p. 11). Pese a que la novela no peca, afortunadamente, de una exagerada longitud, la aproximación reiterada a la escena por los vericuetos que el autor imagina, otorga a la novela una plúmbea monotonía. Cuando el lector acaba la última página debe preguntarse qué consecuencias ha llegado a extraer de este viaje de circunvalación. Tan sólo la duda de los propósitos que llevaron al autor a imaginar una técnica tan repetitiva y un modelo expresivo sintácticamente tan pobre, tan ajeno a lo que debe ser la expresión artística, tan carente de ideas. Bien es verdad que las descripciones de la vida familiar alcanzan los puntos más renovadores, pero no llegan a definir con seguridad el medio. Sin embargo, el fracaso de la novela reside, a mi entender, en el desequilibrio entre la técnica y el argumento y, fundamentalmente, en el empobrecimiento del medio verbal utilizado. Las imágenes y símbolos con visos de caracterizar al personaje masculino son rudimentarios. El símil del picaflor se expone así en uno de los núcleos simbólicos de la narración: «...la abeja generalmente abre las flores para sacar la miel, el picaflor lo mismo. Se come a la flor, se la monta bien montada. Le chupa el jugo. La flor muere, si iba a durar diez días va a durar tres o cuatro ¿verdad? en términos generales, se chupan la flor y le comen todo...» (p. 57). Las mujeres son las flores y el protagonista es el picaflor. Pero puede observarse aquí la incorrección sintáctica aliada a la miseria expresiva. El novelista toma la voz del protagonista. El relato aparece como una confesión y el lenguaje resulta acertado calco de un iletrado. Bien está que los iletrados figuren en las novelas. La historia de la novela está plagada de ellos, pero si el novelista escribe como su personaje el resultado es catastrófico. Para ello no parece necesaria la mediación de un narrador.

### Una trayectoria truncada

*El novelista argentino Manuel Puig (nacido en 1932) no consigue una adecuada fórmula expresiva para su última novela «Sangre de amor correspondido». Su argumento es mínimo, sus símbolos y significaciones, tópicos. Su lenguaje, una confesión reiterada desde diversos puntos de vista busca deliberadamente la vulgaridad, alcanzándose hasta el límite de lo literariamente soportable. El resultado es un fracaso más en una trayectoria inicialmente brillante.*

Josemar, el protagonista, un proyecto fracasado de «machismo», figura íntimamente ligado al símbolo de la cobra que aparece reiterativamente en la novela. El análisis de tal símbolo haría las delicias de un sicoanalista, pero voy tan solo a limitarme a expresar la carga simbólica que aparece ya explícita en otro núcleo de la narración: «Porque (la cobra) para vivir feliz tiene que inyectar el veneno en la presa. Solamente mordiendo es que sale ¿verdad? si ella muerde a alguien se queda bien por un largo rato, si no mordió a nadie el veneno le queda haciéndole mal, jodiéndola un rato largo, queda nerviosa, llena de ganas de prenderse a alguien, descargar el veneno.» (p. 65). Josemar, «el macho» (puede leerse también la cobra o puede entenderse de manera más restrictiva como una parte del cuerpo masculino, la virilidad) ataca a Gloria, una muchacha que estuvo saliendo con el joven durante más de tres años. La sexualidad de Gloria es pasiva hasta que el conocimiento de Josemar (un conocimiento bíblico, debe entenderse) la despierta y su alejamiento la enloquece. Azucena responde a otras características sexuales más activas y también otras mujeres pasan por la vida de este joven cuya ilusión es convertirse en un futbolista profesional. Fracasado, como futbolista y como hombre, intenta reconstruir el pasado de su adolescencia cuando actuaba como elemento destacado de la sociedad volcada hacia símbolos masculinos (como el fútbol).

El momento de la casi violación de Gloria se describe en varias escenas y escenarios, oportunamente modificados, queda vagamente fijado en el tema que da título a la novela, la «Sangre de amor correspondido». También aquí Puig entiende las relaciones de la pareja como un acto violento y doloroso. La consecuencia «moral» de la novela —si es que puede hablarse de consecuencia y de novela— debe extraerse de la inadecuada manifestación machista del protagonista. Unos condicionantes sociales desde la infancia, un casi determinismo (el padre es inicialmente un violento) le llevan a la maldad. La maldad infantil se convierte en venganza hacia la mujer elegida, de la que busca solamente la virginidad; de una tal masculinidad mal entendida deriva el fracaso vital y, paralelamente, una cierta delicadeza en sus relaciones con la madre. Cuando el personaje se presenta como vencido por la vida, el narrador manifiesta más fácilmente su piedad hacia él. Pero Puig no ha tenido ninguna con el lector, fatigado con el tedioso y vulgar sistema expresivo al que le ha condenado. Y el crítico no puede, sin cierto sarcasmo, alterar su penúltimo título y concluir también con una «Maldición eterna a quien haya *escrito* estas páginas».

Joaquín MARCO

**Ilustración: GUILLEN**

## Letras sobre las Letras

### El Cantón de Cartagena

En el presente esfuerzo por recobrar la identidad regional, como obligado preludio a la España de las Autonomías, digno es de notar que la editora del Consejo Regional de Murcia, dirigido por Angel Montiel y con muy vario catálogo, haya procedido a la edición facsímil de *Apuntes para la historia de Cartagena. Calección completa de «El Cantón Murciano»*, aportados por el impresor Ramón Requena en 1891. Es decir, la reproducción de los 92 números de ese diario que, desde el 22 de julio al 24 de noviembre de 1873, fue exponente fiel del cantonalismo cartagenero: de aquellos tensos meses en que —según recuerda el colector— «Cartagena, revolucionada, se oponía al Gobierno de la República, se resistía luchando con heroísmo, organizaba un ejército, se preparaba no ya sólo para la defensa, sino para el ataque, formaba un Ministerio, y apoderada de nuestros mejores barcos de guerra ponía en jaque a los altos poderes del Estado». De un Estado, añadamos, cuyo primer magistrado era —para más paradoja— el federalista Pi y Margall (y en ese período le sucederían Salmerón y Castelar).

Dentro del tópico del Cantón de Cartagena, tan reiteradamente invocado como mal comprendido por el español medio, resulta sorprendentemente reveladora la lectura de esta colección. Por ejemplo, ante el clima apasionado, entre el heroísmo y la filantropía, con tintes de revolucionarismo francés, en que se dio el complejo y curioso maridaje entre el aparato burocrático, los generales y almirantes, de un lado, con la masa obrera del Arsenal, de las fundiciones y las minas y, por cimera, con los propietarios agrícolas y los comerciantes. El estudio de la historiadora María Teresa Pérez Picazo que encabeza la presente reedición, pone en debido realce este y muchos puntos de aquella singular experiencia social y política. Otra nota de interés es la tocante a los redactores del diario, el más exaltado de los cuales es el futuro lexicógrafo Roque Barcia, tan academizable él.

### Con permiso de Benevolo

La reciente traducida *Historia de la arquitectura del Renacimiento,* obra muy reeditada del profesor Leonardo Benevolo, cubre en realidad desde el protorrenacimiento florentino hasta los albores del neoclasicismo. Ello acaso explique, o pueda excusar, que como máximo ejemplo romano del Renacimiento (que sin ser lo más característico de la arquitectura de la Ciudad Eterna cuenta con grandes realizaciones de Bramante, los Sangallo, Peruzzi) proponga esa explosión del barroco romano que es la plaza Navona. Donde algo renacentista hay, sin duda, la hermosa iglesia de Santiago de los Españoles (hoy del Sagrado Corazón) que cabalmente de frente al escenográfico ejemplo propuesto: la iglesia de Santa Inés in Agone, con su curva fachada y característica cúpula borrominiana, flanqueada por los dos campanarios debidos a Carlo Rainaldi, por encargo de la santidad de Inocencio X Pamphily (cardenal desde 1627 y muerto en 1655), al igual que el colindante palacio Pamphily debido a Girólamo Rainaldi. Y otro tanto se diga de la monumental fuente de los Ríos (1647-51), obra maestra de Bernini, cuyas gigantestas figuras hacen burla de la frontera fachada de Santa Inés, en mofa popularizada que a Borromini, el autor de aquélla, conduciría a la locura y el suicidio. Diseñada por Bernini, también, es la fontana dei Mori en el lado de la iglesia de los españoles, y ochocentista la de la otra punta. Lo demás de la plaza son intrascendentes casas de nuestra Obra Pía, construidas en los últimos tiempos del Estado papal; y el dorso del frío palacio Braschi, que para el Papa Pío VI (1775-99) edificó Cósimo Morelli. Poco Renacimiento, en verdad.

### Ya se nos tardaba

De Franz Kafka, que en las letras catalanas entró tempranamente, gracias a la traducción del incisivo cuento «Un fratricidi» que el maestro Riba dispensó el año mismo de la muerte de aquél, no volvería a aparecer rastro —para los alérgicos a las pintorescas, salvo una, traducciones argentinas— hasta muy andados los años 60. A partir de *El procés,* incorporado por Gabriel Ferrater, vendrían así *El castell,* versión de Lluís Solà, *La carta al pare,* por Ricard Torrents (quien daría otras cartas y pasajes del dietario, en el volumen antológico de Arimany), *La metamorfosi,* vertida por el profesor Jordi Llovet, y no sabemos si algo más. Sin contar, claro es, las impecables versiones castellanas de Feliu Formosa (*El proceso* y *Diarios*). Ahora, en las pulquérrimas y figurosas ediciones de Jaume Vallcorba Plana, la traducción ejemplar de Josep Murgades nos brinda, en dos volúmenes, las *Narracions completes.*

Lo que se nos tardaba no es tanto ese afán de completar el corpus kafkiano, como lo que indica la nota en exergo de dicha compilación: que esa traducción se ha subvencionado con una ayuda a la creación literaria, concedida por el Ministerio de Cultura. Claro indicio de que se va consiguiendo lo que la profesora Pilar Vázquez Cuesta reclamaba, en la reciente reunión madrileña de la Asociación Internacional de Críticos Literarios sobre literaturas minoritarias, para las letras de su Galicia natal: a saber, que, a igual título que la castellana, el Estado promoviera a todos los niveles —de las cátedras universitarias (¿y por qué no desde la enseñanza media?)— a los lectorados e institutos en el libro extranjero, —ferias del libro, etcétera, el conocimiento y difusión de las restantes lenguas y literaturas españolas.